

Introducción

En 1929, cuando Krishnamurti disolvió la Orden de la Estrella de Oriente, simbolizando así la ruptura con todas las organizaciones religiosas y los sistemas de creencias, explicó con detalle su única misión: «Hacer que el hombre sea absoluta e incondicionalmente libre». Fue una misión que parecía realizarse por sí misma dondequiera que él iba; su intensidad permanecía inalterable con el paso del tiempo y las circunstancias, y, de hecho, cobraba nueva energía a medida que su edad avanzaba. Planteó y replanteó su visión en diferentes contextos y con diferentes palabras, diciendo que él, el maestro, no era importante, que las instituciones que había creado no eran importantes, y que tampoco el material que legaba al mundo, sus libros y vídeos eran importantes. Vivir las enseñanzas, y no vivir de las palabras de sus enseñanzas fue, tal vez, lo único que esperaba de aquellos que acudían a sus charlas, leían sus libros o colaboraban en sus instituciones.

Cuando Krishnamurti fue a la India en el invierno de 1982, planificó una exhaustiva agenda de charlas y diálogos. Después de una serie de cuatro charlas públicas en Calcuta, viajó a la

escuela de Rishi Valley, la primera escuela que fundó, y posteriormente fue a Vasanta Vihar, su hogar y el lugar de sus charlas en Madrás (Chennai), lugar que tenía la intención de convertir en un centro de estudios para buscadores serios. En estos dos últimos lugares mantuvo reuniones con sus colaboradores más cercanos, con el personal de las escuelas y otros interesados en las enseñanzas, y así se formó el llamado Núcleo Sólido de Diálogo.

Desde el principio mismo de estos diálogos, Krishnamurti insiste en enfatizar que este hipotético *núcleo* no se trata de un grupo cerrado o secreto, sino todo lo contrario, las puertas están abiertas a todos aquellos que «tienen sentido de responsabilidad hacia las enseñanzas y hacia la humanidad». Una vez establecido inequívocamente el significado de esta responsabilidad, pregunta: «¿Existe un grupo de personas que estén completamente involucradas en esto, no con la escuela, no se trata de estar familiarizado con un tema concreto, sino con esta cosa? ¿Es posible crear un grupo así, que siga adelante, no como discípulos de Krishnamurti, no como discípulos de una idea o teoría, etc., sino que realmente estudien las enseñanzas, las vivan, florezcan en ellas y sientan pasión por esto?». Siempre eran *las enseñanzas*, nunca *mis enseñanzas*.

Debemos hacer una mención especial a los dos primeros diálogos en Madrás (Chennai), que reflejan el clásico enfrentamiento entre una mente condicionada, que mira la vida como un enorme problema que debe ser solucionado, y una mente no condicionada, que fluye libremente con las corrientes de la vida. En estos dos diálogos, Krishnamurti investiga profunda-

mente el tema de los problemas, haciendo en este proceso una distinción muy interesante entre el *profesional* y el *ser humano*. Pregunta si nos consideramos primero profesionales y luego seres humanos. Nuestra educación, señala, generalmente nos convierte en profesionales, en el sentido de que desde la niñez nos educan para solucionar problemas físicos e intelectuales. Así, nuestro cerebro se acostumbra a solucionar problemas, y lleva esa misma mentalidad al campo psicológico, a las relaciones y las emociones y asimismo, mira cualquier situación humana, cualquier pensamiento, cualquier emoción y sentimiento como un terrible problema que debe ser solucionado. La verdadera naturaleza de una mente *solucionadora* de problemas es su incapacidad de verse a sí misma como la mente que crea los problemas y, por tanto, nunca llega hasta el final de los problemas. En diferentes contextos, por medio de varios ejemplos, Krishnamurti insiste una y otra vez en la necesidad de que esa mente que soluciona problemas sea libre, y deja una de sus frases más apasionadas cuando sintetiza su percepción: «Todo lo que estamos diciendo es: *no haga un problema de nada en la vida*. ¿Me pregunto si llevan eso en la sangre?».

Aunque en todos estos diálogos Krishnamurti se dirige mayoritariamente a profesores, su mensaje se aplica a todos: a aquellos interesados en una nueva educación, a los padres, a los eruditos del Vedanta o del budismo, a los psicólogos, a aquellos que se desempeñan en el mundo del trabajo, a los buscadores religiosos...

K. K.